

Cuentan con la impunidad : su espíritu falseado y sus pasiones satisfechas les empujan á buscar el medio de falsear las leyes sociales como ya lo han hecho, y entonces se vuelven horriblemente diestros. Quince días después, Felipe, entregado de nuevo á la ociosidad, tomó otra vez el camino del café, amenizando aquellas visitas con bebidas y partidas de billar; conseguía, con el escaso dinero de que disponía, realizar una débil ganancia, en la sala de juego, lo bastante para mantener sus vicios. Aparentemente ahorrativo, para engañar á su madre y á la Descoings, llevaba un sombrero casi grasiento, botas remendadas, una levita raída en la que apenas brillaba la rosa encarnada de su condecoración, ya comido el color por su larguísima estancia en el ojal y manchada de gotas de licor y de café; sus guantes de gamuza, verdosos, le duraban mucho tiempo. Mariquita fué el único amor de aquel joven; así es que la traición de la bailarina le endureció mucho el corazón. Cuando por casualidad realizaba ganancias inesperadas, ó cuando cenaba con Giroudeau, Felipe se dirigía á la venus callejera por desdén brutal hacia todo el sexo femenino. Hacía entonces una vida tranquila : almorzaba y comía en casa, y á ella regresaba todas las noches á eso de la una. Tres meses de tan horrible existencia devolvieron alguna confianza á la pobre madre.

José, que pintaba entonces el hermoso cuadro que asentó su reputación, no se movía de su estudio. Creyendo en lo que su nieto le decía, la Descoings, que no dudaba de la gloria de José, prodigaba al pintor cariños maternos; le llevaba el desayuno por la mañana, hacía sus encargos, le limpiaba el calzado. Al pintor sólo se le veía á la hora de la comida, y las veladas las pasaba con sus amigos del cenáculo. Además, leía mucho; dábale á sí mismo esa profunda y seria instrucción

que sólo se adquiere por sí mismo, y á la que todos los hombres de talento se han entregado entre los veinte y los treinta. Ágata, que veía poco á José, y que nada temía por él, sólo existía para Felipe, el cual la hacía vivir entre alternativas de sustos y tranquilidades, tan indispensables á la maternidad como el amor. Desroches, que solía visitar una vez por semana á la viuda de su antiguo jefe y amigo, le daba esperanzas : el duque de Maufigneuse había reclamado á Felipe para su regimiento, y el ministro de la guerra había pedido un informe; y como no se hallaba el apellido de Bridau en ninguna lista de policía, ni en ningún expediente judicial, recibiría Felipe, á principios del año entrante, la orden de reintegro en el ejército. Para conseguirlo, Desroches había puesto en movimiento á todos sus amigos; sus informes en la prefectura de policía le hicieron saber que el joven frecuentaba las salas de juego, y juzgó conveniente confiar esto á la Descoings, aconsejándola que vigilase al futuro teniente coronel, pues un escándalo podía comprometerlo todo; mas, por el momento, no iría el ministro á averiguar si Felipe era jugador; y una vez en el ejército, abandonaría éste un vicio provocado por su vida de vagancia. Ágata, que ya no veía á nadie, se pasaba la velada leyendo oraciones al lado de la lumbre, en tanto que la Descoings se echaba á sí misma las cartas, explicándose sus ensueños y aplicando las reglas de la cábala á su juego de la lotería; pues seguía, la empedernida jugadora, poniendo al famoso terno que aún no había salido. Dicho terno iba á cumplir veintitún años, de modo que ya era mayor de edad. Muchas esperanzas fundaba la pobre vieja sobre tan pueril coincidencia. Uno de los números había quedado en el fondo de todas las ruedas desde la creación de la lotería razón por lo que cargaba más la Descoings en

dicho número y en todas las combinaciones de aquellas tres cifras. El último colchón de su cama servía de depósito á las economías de la pobre vieja; lo descosía, deslizaba la pieza de oro conquistada sobre sus necesidades, bien envuelta en lana, y luego lo volvía á coser. Quería, en el último sorteo de París, arriesgar todas sus economías sobre las combinaciones de su querido terno.

Esta pasión, tan universalmente condenada, nunca ha sido estudiada á fondo; nadie ha visto en ella el opio de la miseria. ¿No desarrolla la lotería, que es la más poderosa hada del mundo, esas esperanzas mágicas? El golpe de ruleta que enseña á los jugadores montones de oro y de goces, sólo dura lo que un relámpago; en tanto que la lotería hace durar varios días ese magnífico relámpago. ¿Cuál es hoy el poder social que puede, por uno ó dos francos, haceros felices durante cinco días y entregaros en pensamiento todas las dichas de la civilización? El tabaco, impuesto mil veces más inmoral que el juego, destruye el cuerpo, debilita la inteligencia, embrutece una nación; en cambio, ninguna de esas desgracias causa la lotería. Además, la esencia misma de esa clase de juego reglamenta las puestas de los jugadores. La Descoings sólo jugaba en la rueda de París; con la esperanza de ver salir aquel terno al que ponía ella desde hacía veinte años, habíase sometido á enormes privaciones para poder cargar en el sorteo de fin de año. Cuando tenía ensueños cabalísticos, pues no todos los ensueños se relacionaban con los números de la lotería, iba á contárselo á José, por ser la única persona que la escuchaba, no sólo sin reñirla, sino prodigándole palabras de esperanza con las que consuelan los artistas las locuras del espíritu.

Todos los grandes talentos comprenden y respetan las pasiones verdaderas, se las explican y

hallan sus raíces en el corazón y en la cabeza. Según José, gustábanle á su hermano el tabaco y los licores; á su vieja mamá Descoings, los ternos de lotería; su madre amaba á Dios; el viejo Desroches era aficionado á pescar con caña; cada uno, decía, tenía especial afición por algo. Á él le gustaba el bello ideal en todo; gustábale la poesía de Byron, la pintura de Gericault; la música de Rossini y las novelas de Walter Scott.

« Cada loco con su tema, querida mamá Descoings; sólo que el terno de usted resulta harto perezoso.

— Ya saldrá, y serás rico, y también Bixiou.

— Guárdelo usted todo para su nieto. Ó mejor dicho, haga usted lo que la dé la gana.

— Pues si sale, para todos habrá. Tú, por de pronto, tendrás un hermoso estudio y no habrás de privarte de teatro y demás para pagar á tus modelos y comprarte colores. Y entre paréntesis, ¿sabes, hijo mío, que no resulto muy agraciada en ese cuadro? Por economía, José había empleado á la Descoings como modelo en su magnífico cuadro que representaba una joven cortesana llevada por una vieja á casa de un senador veneciano. Este cuadro, una de las obras maestras de la pintura moderna, que Gros mismo tomó por un Ticiano, preparó eficazmente á los jóvenes artistas á que reconociesen y proclamasen la superioridad de José en la Exposición de 1823.

— Los que la conocen á usted, saben á qué atenerse, contestó alegremente el joven; ¿y por qué preocuparse por el parecer de los que no la conocen?

Desde hacía unos diez años, la cara de la Descoings había ido tomando los tonos y las arrugas de ciertas manzanas. Dichas arrugas se habían formado en la pasta de su carne, ya fría y blanda. Sus ojos, llenos de vida, parecían animados por un

pensamiento joven aún y vivaracho que podía tanto mejor pasar por un pensamiento de codicia, cuanto que siempre hay algo de codicioso en el jugador. Su cara regordeta ofrecía rastros de una disimulación profunda y de pensamientos secretos encerrados en el fondo del corazón. Su pasión requería el misterio; tenía en el movimiento de sus labios ciertos indicios de gula. Así es que, á pesar de ser la honrada y buena mujer que sabemos, podía uno equivocarse al pronto. Ofrecía, pues, un admirable modelo de la vieja que Bridau quería pintar. Coral, joven actriz bellísima, muerta en temprana edad, querida de un joven poeta, amigo de Bridau, Luciano de Rubempré, le había sugerido la idea de aquel cuadro. Se dijo que aquel hermoso lienzo era una copia, siendo así que ofrecía tres verdaderos retratos. Miguel Chrestien, uno de los jóvenes del cenáculo, había prestado, para representar el senador, su cabeza republicana, sobre la que puso José algunos tonos de madurez, así como forzó la expresión del rostro de la Descoings. Aquel notable cuadro, que tanto hizo hablar y que desencadenó tantos odios, tantas envidias y tantas admiraciones, estaba esbozado; pero obligado José á interrumpir su ejecución para dedicarse á tareas de encargo, para vivir, copiaba cuadros de maestros antiguos para penetrarse de sus procedimientos; por eso llegó á pintar con la maestría que todos saben. Su buen sentido de artista le había sugerido el ocultar á la Descoings y á su madre las ganancias que comenzaba á cosechar, viendo que una se dejaría arruinar por Felipe, y la otra por la lotería. La especie de sangre fría desplegada por el soldado en su catástrofe, el cálculo que el pretendido suicidio ocultaba y que José descubrió, el recuerdo de las faltas cometidas en una carrera que no debió haber abandonado, y

finalmente los detalles de la conducta de su hermano habían acabado por quitarle á José la venda que también él tenía en los ojos.

Pocas veces carecen de esa perspicacia los pintores: ocupados durante días enteros, en el silencio de sus estudios, en tareas que dejan, hasta cierto punto, libre el pensamiento, parecen un tanto á las mujeres; puede su espíritu darle vueltas á los sucesos mínimos de la vida y penetrar su oculto sentido. Había comprado José un mueble antiguo, del siglo XVI, para adornar su estudio; dió con un escondrijo que había en dicho mueble, y allí acumulaba su peculio para cuando hiciera falta. Confiado, cual lo son los verdaderos artistas, solía poner en una calavera colocada sobre el susodicho mueble el dinero que destinaba á sus gastos mensuales; desde el regreso de su hermano á aquella casa, hallaba José constante desacuerdo entre la cifra de sus gastos y la suma depositada donde hemos visto; los cien francos desaparecían con increíble facilidad. Al no ver nada en la calavera, cuando sólo apenas la mitad había gastado, pensó, la primera vez: « Sin duda se ha ido de viaje mi dinero. Desde aquel día anotó sus gastos, y por segunda vez vió que ocurría algo insólito. Cuando ya por tercera vez se repitió el suceso, comunicó su disgusto á la vieja Descoings, en la que sentía un cariño maternal, tierno, confiado, crédulo, entusiasta, cariño que no notaba en su madre, por buena que ésta fuese, y que le es tan necesario al artista que comienza como los cuidados de la gallina para sus polluelos hasta que tienen plumas. Sólo á la Descoings podía confiarle sus horribles sospechas. Seguro estaba de sus amigos como de sí mismo, y no era la pobre vieja capaz de tomarle nada para su lotería. Al oír el relato de José, la buena mujer se desesperó: de modo

que sólo Felipe podía ser el autor de aquel hurtillo doméstico.

— ¿Por qué no pídime lo que necesite? exclamó José poniendo color sobre su paleta y emborronando tonos sin darse cuenta. ¿Qué, acaso iba yo á decirle que no?

— ¡Pero eso es despojar á un niño! exclamó la Descoings, cuyo rostro expresó profundo horror.

— No, repuso José, puede hacer lo que hace; somos hermanos y mi dinero es suyo; pero debería decírmelo.

— Pon esta mañana cantidad fija en moneda suelta, y no tomes tú nada; yo sabré quién viene al estudio, y si sólo él entra aquí, pues no te quedará duda alguna.

Al día siguiente mismo tuvo José la prueba de los empréstitos furtivos de su hermano. Entraba Felipe en el estudio en ausencia de José y tomaba el dinerillo que á éste le faltaba. Tembló el artista por su tesorito.

— Espera, espera, que voy á pillarte, amigo mío, le dijo, riéndose, á la Descoings.

— Y harás muy bien; debemos corregirlo; también á mí me ocurre á veces notar faltas en mi bolsillo. Verdad es que el pobre chico necesita tabaco; está acostumbrado á él.

— ¡Pobre chico, pobre chico! repuso el artista. Pienso en parte como Fulgencio y como Bixiou: Felipe nos saquea sin descanso; unas veces se mete en jaranas políticas, y hay que enviarlo á América, costándole doce mil francos á nuestra madre; no sabe encontrar allí nada en qué ocuparse, y su regreso cuesta tanto como su salida. So pretexto de haberle repetido á un general dos palabras dichas por Napoleón, Felipe se cree un militar extraordinario que se rebajaría sirviendo á los Borbones; mientras tanto, se divierte, viaja, ve otros países; yo no creo en sus desgracias.



no tiene cara de hombre que pasa serios apuros. Le encuentran á mi hombre un excelente puesto, hace vida de ricacho con una bailarina de la Ópera, se come los fondos de un periódico y le cuesta á nuestra madre otros doce mil francos. Yo, nada digo, pero sería él capaz de reducirla á la mendicidad; á mi me tiene por menos que nada, por no haber servido en los dragones de la guardia... y acaso sea yo quien sustente á nuestra buena madre en su vejez, en tanto que él, si sigue por ese camino, acabará Dios sabe cómo. Bixiou me decía : « ¡Famoso farsante, tu hermano! » Mucha razón que tiene su nieto de usted : Felipe intentará algo que comprometa la honra de la familia, y será menester encontrar otros miles de francos. Juega todas las noches; deja caer por la escalera, cuando vuelve borracho como una cuba, naipes agujereados que le sirvieron para seguir las evoluciones de la encarnada y de la negra. El bueno de Descroches se ocupa en hacer que ingrese de nuevo Felipe en el ejército, y yo creo firmemente que lo que menos desea él es trabajar, sea como sea. ¿Quién hubiera creído que un mozo que tiene tan hermosos ojos azules, tan limpios de color, y un aspecto de caballero, se volviera un canalla?

Á pesar de la prudencia y de la sangre fría con que Felipe jugaba, ocurriale á veces perder. Arrastrado por el irresistible deseo de disponer de los diez francos necesarios para comenzar á jugar, se apropiaba dinero de José, de la Descoings y de Ágata, el que primero encontraba. Ya una vez había tenido la pobre viuda un horrible despertar, apenas dormida, á poco de acostarse : Felipe entró en su cuarto, registró su vestido y tomó el dinero que en él encontró. Ágata fingió dormir, pero pasó el resto de la noche llorando. Ya veía claro. « Una falta no constituye vicio, había dicho la

Descoings; pero al cabo de constantes reincidencias, el vicio resultaba palpable. Ya no podia dudar Agata : su hijo predilecto carecia de delicadeza y de honor. Al dia siguiente de tan horrible vision, despues del almuerzo, antes de que se marchase Felipe, lo llamo a su cuarto, y en tono de súplica le rogó que, en lo sucesivo, le pidiera el dinero que necesitara. Tan frecuentes fueron las solicitudes, que al cabo de quince dias ya no le quedaba un céntimo a la pobre madre. Entonces pensó dedicarse a alguna tarea, para vivir, y durante varias veladas estuvieron, la Descoings y ella, discutiendo acerca del género de ocupacion; por fin, sin decir nada, se fué al *Padre de familia*, en busca de fondos de tapicería que llenar, trabajo que apenas produce un franco diario. A pesar del mucho disimulo de su sobrina, de sobra comprendió la Descoings con qué objeto queria Agata ganarse la vida trabajando para fuera.

Además, la cara de ésta revelaba a las claras sus preocupaciones : se secaban las carnes y se abaja el cutis, la piel se pegaba en los pómulos y la frente se arrugaba; la mirada se volvia turbia. Indudablemente, un fuego interno la consumia, se pasaba las noches llorando; pero lo que más la molestaba era tener que ocultar sus temores y sus penas. Nunca se dormia antes de que regresara Felipe; hasta le esperaba en la calle. Habia estudiado las variaciones de su voz, de su andar; llegó a comprender el lenguaje de su bastón cuando lo arrastraba por el suelo. Nada ignoraba, sabia en qué estado de embriaguez estaba su hijo cuando entraba en casa, y temblaba ella si lo oía tropezar en la escalera. Una noche recogió Agata piezas de oro en el sitio en que, al entrar, tropezó y cayó Felipe. Cuando habia ganado, su voz era ronca y su bastón arrastraba; pero cuando habia perdido, su paso tenia

algo de seco, de decidido, de furioso; canturreaba con voz clara y empuñaba firmemente el bastón, como un sable. En el almuerzo, cuando habia ganado, estaba alegre y casi afectuoso; bromeaba groseramente, pero en fin bromeaba con la Descoings, con José y con su madre; sombrío, en cambio, cuando perdía, su palabra breve y cortada, su mirada dura y su tristeza asustaban. Aquella vida de desorden y la costumbre de los licores cambiaban de día en día aquella fisonomía, que fué tan hermosa. Las venas de la cara parecian querer estallar, las facciones se abultaban, los párpados perdian sus pestañas y se secaban. Finalmente, como no cuidaba mucho su persona, exhalaba Felipe los olores propios de los cafés, sobre todo ese olor a calzado sucio, tan repugnante.

— Deberia usted, le dijo la Descoings a principios de diciembre, vestirse de nuevo de pies a cabeza.

— ¿Y quién lo pagará? contestó con voz agria. Mi pobre madre no tiene un céntimo, y yo sólo dispongo de quinientos francos anuales... Seria menester un año de mi pensión para comprarme ropa, y he empeñado dicha pensión por tres años....

— ¿Y porqué? preguntó José.

— Una deuda de honor. Giroudeau habia tomado mil francos a Florentina para prestármelos... Realmente, no estoy muy famoso; pero si se tiene en cuenta que está Napoleón en Santa Elena y que tiene que vender sus cubiertos de plata para vivir, bien pueden los soldados que le son fieles andar con botas sin tacones.

Y enseñó su calzado, y salió.

— No es mal hombre, dijo Agata, tiene buenos sentimientos.

— Pero el querer al emperador no impide ser

limpio, observó José. Si cuidara de su persona y de su ropa, no parecería un mendigo.

— Hijo mío, sé indulgente para con tu hermano, dijo Ágata. Tú haces lo que te gusta hacer; en cambio, él no está en el puesto que le corresponde.

— ¿Y por qué lo dejó? preguntó José. ¿Qué importa que haya en las banderas las chinchas de Luis XVIII ó el gallo de Napoleón, si son francesas esas banderas? ¡La Francia no deja de ser la Francia! Yo, sin reparo alguno pintaría para el diablo. Un soldado debe, si es verdaderamente soldado, batirse por el placer de batirse. Si Felipe no se hubiese salido del ejército, hoy sería general.

— Sois injustos para con él, dijo Ágata. Tu padre, que adoraba al emperador, lo hubiese aprobado. Después de todo, él consiente en volver al ejército. Sólo Dios sabe la pena que le causa á tu hermano lo que él mira como una traición.

Se levantó José para ir á su estudio; pero Ágata le cogió la mano y le dijo:

« ¡Sé bueno para tu hermano; es tan desgraciado! »

Cuando volvió el artista á su estudio, seguido de la Descoings, que le aconsejaba no disgustara á su madre, por lo mucho que se desmejoraba, lo cual suponía grandes padecimientos morales, se encontraron con Felipe, cosa que les extrañó.

« Oye, amiguito, le dijo con la mayor frescura á José, necesito dinero; le debo treinta francos de puros á mi estanquera, y no quiero pasar por allí sin pagárselos; ya van más de diez veces que le prometo darle su dinero.

— Prefero que obres así, contestó José. Toma en la calavera.

Pero si me lo he llevado todo ayer tarde, después de comer.

« Quedaban cuarenta y cinco francos...

— Justo, los mismísimos que me llevé. ¿Qué, te disgusta mi acción?

— No, amigo mío; si fueras rico, lo mismo haría yo; sólo que, antes de tomar nada, te preguntaría si podía tomarlo.

— Muy humillante es tener que pedir, repuso Felipe, preferiría que obrases como yo, así hay más confianza. En el ejército, si muere un compañero, su vecino, si su calzado es peor que el del muerto, cambia con él.

— Sí, pero no le toman nada al compañero mientras vive.

— ¡Pequeñeces! repuso Felipe encogiéndose de hombros. ¿De modo que no tienes dinero?

— No, contestó José, que no quería enseñar su escondrijo.

— Dentro de algunos días seremos ricos, dijo la Descoings.

— Sí, ya sé: ¿de modo que cree usted que va á salir su terno? Buena puesta tiene usted que hacer si quiere enriquecernos á todos.

— Un terno seco de doscientos francos da tres millones, sin contar los ambos y los extractos determinados.

— A quince mil veces la puesta .. justo, eso es lo que hace falta, dijo Felipe.

La Descoings se mordió los labios, había soltado una palabra imprudente. En efecto, Felipe se preguntaba en la escalera:

« ¿Dónde ocultará esa bruja el dinero de su puesta? Ese es dinero perdido; yo sí que lo emplearía bien... Con cuatro puestas de cincuenta francos puede uno ganar doscientos mil francos; y eso es algo más seguro que la salida del terno.

Buscaba en sí mismo el escondrijo probable de la Descoings. Las vísperas de fiesta, iba Ágata á la iglesia y allí se eternizaba: se confesaba y se preparaba para la comunión del día siguiente.

Estaban en vísperas de Noche Buena; seguramente que iría la Descoings á buscar algunas chucherías para la cena; pero quizá fuera también á sacar su billete de lotería; se jugaba ésta el 25 de cada mes, y cerraban las listas el 24, á las doce de la noche. Estudió el soldado todas estas circunstancias y se puso en acecho. Hacia mediodía volvió á casa Felipe; había salido la Descoings, pero llevándose la llave. No fué esto dificultad para el joven: fingió haber olvidado algo y pidió á la portera que fuera á buscar un cerrajero; había uno á dos pasos, vino y abrió. En seguida se le ocurrió al granuja ir á la cama de la vieja; la deshizo y tentó los colchones antes de examinar la madera; en el último colchón tentó las piezas de oro envueltas en papel. En un minuto descosió la tela y cogió veinte napoleones; luego, sin detenerse á coser la tela, rehizo la cama con la suficiente habilidad para que al pronto nada notara la desdichada.

Vivamente se alejó el jugador, proponiéndose jugar en tres momentos distintos, de tres en tres horas, y sólo diez minutos cada vez. Los verdaderos jugadores, desde 1786, época en que fueron inventados los juegos públicos, los grandes jugadores, terror de la administración, nunca jugaron de otra manera. Pero antes de adquirir tal experiencia, perdían fortunas. Toda la filosofía de los arrendadores de los juegos, así como su ganancia, procedían de la impasibilidad de su caja, y de ciertos golpes cuya mitad de su importe quedaba á favor de la banca, y, también, de la insigne mala fe autorizada por el gobierno, la cual consistía en no aceptar y en no pagar sino facultativamente las puestas de los jugadores. En una palabra, el juego, que rehusaba habérselas con el jugador rico y de sangre fría, devoraba la fortuna del jugador lo bastante obstinado para dejarse

arrastrar por el rápido movimiento de aquella máquina. En el treinta y cuarenta perdíase casi tanto como en la ruleta. Había acabado Felipe por adquirir esa sangre fría de general en jefe que permite conservar mirada serena y claridad de inteligencia en medio del torbellino de las cosas. Había llegado á esa alta política del juego que, dicho sea de paso, hacia vivir, en París, á un millar de personas á las que no arrastraba el vértigo. Con los cuatrocientos francos robados resolvió Felipe hacer fortuna aquel mismo día. Metió doscientos francos en sus botas y otros doscientos en su bolsillo. Á las tres llegó al salón, hoy día ocupado por el teatro del Palais-Royal, en donde había mayores sumas en banca. Media hora después tenía siete mil francos. Se fué á ver á Florentina, á la que debía quinientos francos, se los devolvió, y le propuso cenar con él después del teatro. Al regresar, pasó por la calle del Sentier para informar á Giroudeau de la partida proyectada. Á las seis, ganaba Felipe veinticinco mil francos, y salió del juego, cumpliéndose á sí mismo la palabra que se había dado. Por la noche, á las diez, tenía setenta y cinco mil francos. Después de la cena, que fué soberbia, volvió al juego Felipe. Contraviniendo á la ley que se había impuesto, jugó durante una hora y dobló su fortuna. Los banqueros á quienes, por su táctica, había extirpado ciento cincuenta mil francos, le miraban con curiosidad.

«¿Se marchará? ¿Se quedará? se decían con la mirada. Si se queda, hombre al agua.

Creyó Felipe que estaba de suerte, y se quedó. Hacia las tres de la madrugada, los ciento cincuenta mil francos habían vuelto á la caja de los banqueros. El oficial, que había bebido mucho grog jugando, salió en un estado de embriaguez que agravó el frío de la calle; pero un mozo de

la administración, que le seguía, lo recogió y lo condujo á un hotelucho; pagó el mozo por el jugador, el cual fué tendido, vestido, sobre una cama, en la que quedó hasta la noche del día siguiente: la administración de los juegos tenía miramientos para con sus parroquianos y para con los que jugaban fuerte. Sólo á las siete despertó Felipe, con la boca pastosa, con la cara hinchada, y presa de una fiebre nerviosa. El vigor de su temperamento le permitió ir á pie á la casa materna, en donde, por culpa suya, reinaban el luto, la desolación, la miseria y la muerte.

La vispera, las dos mujeres le estuvieron esperando dos horas para comer. Ágata solía acostarse á las diez, pero como deseaba, aquella noche, asistir á la misa del gallo, se acostó después de comer. La Descoings y José se quedaron solos al lado de la lumbre, en el saloncito que hacía de todo, y la pobre vieja le pidió que le calculara su famosa puesta, su puesta monstruo, sobre el famoso terno. Quería también jugar á los ambos y demás, para poner de su parte todas las probabilidades. Después de saborear la poesía de aquella puesta y de contarle al artista sus ensueños, diciéndole que seguramente saldría el terno, y que muy largas iban á parecerle las horas hasta el día siguiente á las diez, José, que no veía los cuatrocientos francos necesarios para tanta dicha, habló de ellos. La vieja se sonrió y llevó al joven al antiguo salón, que entonces era su cuarto.

« ¡Ahora vas á ver! » le dijo.

La Descoings deshizo prontamente su cama, se puso los anteojos, vió la tela descosida y lanzó un grito.

Al oír aquel tremendo grito, José tendió instintivamente los brazos á la empedernida jugadora y la puso en una butaca, desmayada. En seguida gritó á su vez, llamando á su madre. Se levantó

Ágata, se puso su bata y acudió, prodigándole en seguida á la Descoings los remedios vulgares en tales casos: agua de colonia en las sienas, agua fría en la frente; le quemó una pluma bajo la nariz, y por fin volvió en sí la pobre mujer.

« ¡Aquí estaban esta mañana, pero él los ha cogido, el monstruo!

— ¿Qué? dijo el pintor.

— Tenía veinte luises en mi colchón, mis economías de dos años: sólo Felipe ha podido cogerlos.

— ¿Pero cuándo? exclamó la pobre madre, aterrada. No ha vuelto desde el almuerzo.

— Quisiera equivocarme, dijo la vieja, pero esta mañana, en el estudio de José, al hablar yo de la puesta, tuve un presentimiento; hice mal en no bajar y tomar los cuartos para ir á hacer la puesta; tal era mi intención, y no sé qué me lo impidió... ¡Sí, ya recuerdo, fui á buscarle cigarrillos...

— Pero, observo José, estaba cerrada la casa; y por otra parte, es tan infame la acción, que no me resuelvo á creerla. ¿De modo que Felipe la habría acechado á usted, habría descosido el colchón...; de modo que sería un golpe premeditado?... ¡No es posible!

— Los he sentido aquí está mañana, al hacer mi cama.

Ágata, espantada, bajó á preguntar si había vuelto Felipe durante el día, y entonces le contó la portera lo ocurrido. La desgraciada, herida en el corazón, estaba desconocida cuando volvió junto á los otros dos. Tan blanca como el percal de su camisa, andaba como nos figuramos que deben de andar los espectros, sin ruido, lentamente y por efecto de una potencia sobrehumana, y no obstante mecánica. Tenía en la mano una palmatoria cuya luz la alumbraba de lleno y mostraba sus ojos fijos,

espantados. Sin darse cuenta, sus cabellos se habían desparramado sobre los hombros, por efecto de un movimiento inconsciente de las manos; y tan trágicamente bella resultaba, que José quedó clavado por la aparición de aquel remordimiento, por la visión de aquella estatua del Horror y de la Desesperación.

— Tía, dijo, tome usted mis cubiertos; tengo seis, justo la suma desaparecida, pues yo la he tomado para Felipe; creí poder reintegrarla antes de que usted lo notara. Crea usted que mucho he padecido.

Se sentó, sus ojos secos y fijos vacilaron entonces un poco.

« Él es el autor, dijo la Descoings en voz baja á José.

— No, no, repuso Ágata. Tome mis cubiertos; comeremos con los de usted ».

Se fué á su cuarto, cogió la caja de los cubiertos, la halló ligera, la abrió, y vió dentro una papeleta del monte de piedad. La pobre madre lanzó un horrible grito. Acudieron José y la Descoings, miraron la caja, y resultó inútil la sublime mentira de la pobre madre. Los tres quedaron mudos, sin mirarse. En aquel momento, con gesto casi demente, se puso Ágata un dedo sobre los labios, para recomendar el secreto que ninguno de ellos quería divulgar. Volvieron los tres al lado de la lumbre.

« Hijos míos, exclamó la Descoings, estoy mortalmente herida; mi terno saldrá, estoy segura. Ya no pienso en mí, sino en vosotros dos... Felipe es un monstruo, querida; no la quiere, á pesar de cuanto hace usted por él. Si no toma usted sus precauciones, la arruinará por completo. Prométame que venderá sus rentas, que realizará su capital y que lo colocará en renta vitalicia. José tiene una buena profesión; haciendo lo que le digo, nunca será usted una carga para el pintor.

El señor Desroches quiere establecer á su hijo; éste, que ahora tiene veintiséis años, ha encontrado un estudio; de seguro que le tomará á usted su dinero en renta vitalicia. »

Cogió el pintor la palmatoria de su madre, subió precipitadamente á su estudio, y bajó con trescientos francos.

« Tome, mamá Descoings, le dijo ofreciéndole su peculio; no tenemos para qué saber en qué emplea usted su dinero; le debemos el que le falta, y aquí está casi por completo.

— ¡Cómo, tomar tus ahorritos, fruto de privaciones que tanto daño me hacen! ¿Estás loco, José? exclamó la empedernida jugadora, visiblemente combatida entre su fe brutal en su terno y aquella acción que le parecía un sacrilegio.

« Tómelo y empleelo en lo que guste, dijo Ágata, emocionadísima por el rasgo de su hijo. »

Cogió la Descoings á José por la cabeza y lo besó en la frente.

« No me tientes, hijo mío. Mira, perdería una vez más... Es necio jugar á la lotería. »

Nada tan heroico ha sido dicho nunca en los dramas de la vida privada. Y, en efecto; ¿no nos muestra esto el cariño triunfando de un vicio inveterado? En aquel momento se oyeron las campanas de la misa de medianoche.

« Y además, ya no es tiempo, añadió la Descoings.

— Aquí están sus cálculos cabalísticos, dijo el pintor. »

Y cogiendo los números, se marchó precipitadamente el generoso artista, para hacer la puesta. Ya que quedaron solas, prorumpieron en sollozos las dos mujeres.

« Al despacho va, el bendito; pero todo será para él, puesto que juega con su dinero. »

Por desgracia, ignoraba José por completo dónde estaban los despachos de lotería, que, entonces,

eran tan conocidos de los jugadores como hoy lo son los estancos de los fumadores. Iba el pintor como un loco, mirando los faroles. Cuando pidió á un transeunte que le indicara un despacho, le fué contestado que todos habían cerrado ya, pero que en el Palais-Royal había uno que cerraba algo más tarde. En el acto corrió allá el artista, pero ya estaba cerrado también aquel despacho.

« Con sólo dos minutos que habiese usted venido antes, aún estaba abierto, le dijo un revenedor que pregonaba billetes ya hechos ».

Miró José á la luz de los faroles si, por casualidad, había en alguno de ellos los números de la Descoings; pero no encontró ninguno, y regresó á casa con el dolor de haber puesto de su parte, aunque en vano, cuanto pudo para satisfacer á la pobre vieja, á la que contó su fracaso. Agata y su tía se fueron á misa, á San Germán de los Prados. José se acostó. No hubo cena. La Descoings estaba trastornada, y Ágata llevaba en el corazón un luto eterno. Las dos mujeres se levantaron tarde. Daban las diez cuando trató la Descoings de ir á preparar el almuerzo, que solo á las once y media estuvo listo. Hacia aquella hora, letreros indicaban, en los despachos de lotería, los números premiados. Si hubiese tenido la Descoings su billete, pronto se marchara á saber su suerte. Los días de sorteo, llenábanse los despachos de viejas, de cocineras y de ancianos.

« ¡De modo que ya es usted riquísima! exclamó el viejo Desroches al entrar, en el momento en que saboreaba la Descoings su café.

— ¿Pues?... exclamó la pobre Ágata.

— Su terno ha salido, dijo presentando la lista de los números escritos en una hoja de papel de las que por centenares daban en los despachos. »

José leyó la lista. Ágata leyó la lista. La Descoings no leyó nada : cayó desplomada, como

herida por un rayo. El viejo Desroches y José la llevaron á su cama. Ágata se fué en busca de un médico. Sólo á las cuatro de la tarde volvió en sí la pobre mujer; pero el médico anunció que, á pesar de aquella mejoría, menester era que pensara en arreglar sus asuntos espirituales. Sólo una palabra había pronunciado :

« ¡Tres millones!... »

El viejo Desroches, puesto al tanto de lo que ocurría, aunque no del todo, naturalmente, citó varios ejemplos de jugadores á quienes había sonreído la fortuna justo el día en que habían omitido jugar; pero comprendió que el golpe aquel debía de ser mortal, pues llegaba al cabo de veinte años de perseverancia. Á las cinco, en el momento en que reinaba profundo silencio en aquel cuartito, y en que la enferma, vigilada por José y por su madre, sentados uno al pie y el otro á la cabecera de la cama, esperaba á su nieto, al que había ido á buscar Desroches, oyéronse en la escalera el ruido de los pasos de Felipe y el de su bastón.

« ¡Ahí está! ¡ahí está! exclamó la Descoings, que, sentada en la cama, pudo mover su lengua paralizada. »

Impresionó á Ágata y á José el movimiento de horror que tan vivamente agitaba á la enferma. Su espanto quedó plenamente justificado por el espectáculo de la cara amoratada y descompuesta de Felipe, por su torpe andar, por el cerco que manchaba sus ojos sin vida y alocados; tenía calofrios, sus dientes castañeteaban.

« ¡Miseria completa! exclamó. Ni pan, ni nada; me arde la garganta. Vaya, ¿qué ocurre? Siempre anda el demonio en nuestros asuntos. Mi vieja Descoings está en cama y me mira con ojos como platos.

« Silencio, caballero, le dijo Ágata levantándose, y respete siquiera la desgracia de que es usted autor.

— ¿Qué es eso de *caballero*?... dijo mirando á su madre. Vaya, vaya, madrecita, no está bien ese lenguaje; ¿de modo que ya no quiere usted á su chico?

— ¿Es usted digno de que se le quiera? ¿Ya no recuerda usted lo que ha hecho ayer? Vaya usted buscando cuarto... desde mañana, pues en el estado en que está usted, difícil es...

— Echarme fuera, ¿verdad? Por lo visto se imagina usted estar en el teatro, desempeñando un papel en el *Hijo proscrito*... Vaya, vaya, y



cómo toma usted las cosas... Pues lo que digo es que sois todos unos majaderos. ¿Qué daño he cometido? He limpiado el colchón de la vieja; pero ¿á quién se le ocurre meter dinero en lana?

Y después de todo, ¡vaya un crimen! ¿Qué, no le ha tomado ella á usted

veinte mil francos? ¿no somos acreedores suyos? Pues he recordado algo de la suma. Y no ha pasado más.

— ¡Dios mío, Dios mío! gritó la enferma cruzando las manos y rezando.

— ¡Callate! exclamó José acudiendo á su hermano y tapándole la boca con la mano.

— ¡Media vuelta á la izquierda, muñeco! replicó Felipe agarrando con su fuerte mano el hombro del pintor, haciéndole caer sobre una butaca. Sabe que no se toca así al bigote de un jefe de escuadrón de dragones de la guardia imperial.

— Me ha devuelto cuanto me debía, exclamó Ágata levantándose con cara encendida. Además, eso, á mi sola importa. Salga usted de aquí, añadió con gesto que agotó sus fuerzas, y nunca más se ponga en mi presencia. Es usted un monstruo.

— ¿La estoy matando, acaso?

— ¡Su terno ha salido, gritó José, y le has robado el dinero que destinaba ella á la puesta.

— Pues entonces se muere de una indigestión de terno, y yo nada tengo que ver en ello.

— ¡Fuera de aquí, fuera de aquí, me causa usted horror. Tiene usted todos los vicios... ¿Será posible, Dios mío, que sea hijo mío semejante individuo?

Un estertor salido de la garganta de la Descoings excitó la ira de Ágata.

— Pues yo todavía la quiero á usted, madre, á pesar de ser usted la causa de todas mis desgracias, dijo Felipe. ¡Me echa usted fuera, un día de Navidad, día del nacimiento de... cómo se llama?... de Jesús! ¿Qué le hizo usted al abuelo Rouget, á su padre, para que la echara de su casa y la desheredara? Si le hubiera usted agradado, hoy seríamos ricos y no estaría yo en la última miseria. Diga, ¿qué le hizo usted á su padre, usted que tan buena mujer es? De sobra comprenderá usted que muy bien puede ocurrir que, siendo yo bueno también, también me eche usted de casa, yo, la gloria de la familia.

